

Aidil R. Ochan

Al final solo queda...

Susurra la quietud del olvido un silencio que empapa, dejando tras de sí estelas en ocres y granas; bermejos que al alba resurgen, con toda la fuerza que de su interior mana y en silencio aguarda.

Resuena el eco de mil gargantas, que enmudecen al arrullo del roble y la tranquila barrica, donde se acuna y queda enraizada al albero, anudada a sus hermanas, sometida al tenue juego de la espera.

En plena paz y sosiego, en su interior, la roja sangre aguarda y se atempera. Crece entre las sombras y en la soledad no desespera, tomando cuerpo, aroma, matices a fruta y a madera.

Mientras duerme, el tiempo que no perdona y a nadie espera, aporta firmeza en sus convicciones; espolvorea la inexistencia del momento, sobre el caldo que anhela ser regusto en boca; infringe su impronta y cuida el alma, para que jamás muera.

En pretérita mirada cavernosa rezuma sensibilidad, amor, compromiso, certeza. Desprende el valor del esfuerzo de las manos que arroparon y cuidaron, sin descanso, centenarias cepas bajo el inmenso paraguas celeste, teñido de estrellas.

El sueño se hace promesa y su último aliento se torna en momento, resbalando el preciado alimento por la tibieza del cristal y atemperando, con un delicado sentimiento, ese único instante que le convierte en eterno.

Al final solo queda magia, sabor, espera, amor por la uva y por la cepa añeja; ruegos al cielo, oscura bodega, barrica, albero, cristal de botella y el vino que dentro, en los sueños, navega.

Space oddity.

Déjenme que les cuente una verdad que los lobbys de supuesta vida sana se empeñan en ocultar. El agua es mucho más peligrosa para la salud que cualquier vino que me haya echado a la faltriquera, por muy de cartón que hubiera vestido para la ocasión.

Por cuestiones que ahora no vienen al caso, perdí un ojo marrón. El izquierdo. El derecho también era marrón (es), pero mi padre, que era (es) muy forfo y al que yo quería (quiero) mucho, me convenció para ponerme uno de cristal de color verde.

- *Verde, ponte uno verde, como la camiseta del Betis* – y lo decía en serio, en serie y sobrio.

Con alguna reserva, le hice caso y no me arrepentí pues lo cierto es que me hacía una mirada muy atractiva, muy a lo David Bowie.

Pero aquellas ensoñaciones camaleónicas delante del espejo de cristal oscuro haciendo posturas imposibles con las pestañas, duraron poco.

Una noche, después de una cena herbívora precedida de una hora en la cinta del gimnasio, me desperté sobresaltada soñando que paseaba por el Sáhara.

Con arena en la boca, agarré el vaso de agua que estaba en la mesita de noche y lo vacié de un trago. Ojo de cristal incluido. Hasta el fondo. Y más allá.

Desde entonces soy consciente del peligro que tiene el agua pues, al fin y al cabo, fue ella quien me hizo perder aquella mirada embriagadora de rareza espacial.

Pseudónimo: Fernando de Gonzalo.

EL Peregrino

Tenía las palabras caídas de la luna tendidas al sol sobre el prado verde. Un peregrino que pasaba por la puerta de casa, me dijo: «no guardes las palabras viejas. Exponlas a la luz; sea luz de sol o luz de alegría».

Invité al caminante a la bodega y, entre trago y trago, me habló del vino con la devoción del enamorado prendado de su amada, en términos que nunca había escuchado, no de texturas o sabores, ni del retrogusto, ni del buqué. Escuchadlo: «el vino es trasiego, es el peregrino que va de pueblo en pueblo, de boca en boca, aprendiz de matices inexplorados, es la voz del trovador». —Hablas como un poeta, ¿de dónde vienes y hacia dónde te diriges? —Mi nombre es Baco. Vengo de las remotas cercanías de la Memoria. Desciendo de la venerable Mencía, a quien los ávidos romanos convirtieron en mostos dionisíacos.

Miré con asombro al exótico huésped quien, tras un breve silencio, abrió las puertas al misterio: «Es la arqueología del gusto, es fermentación, transmutación, ciencia oculta, monasterial, es ritual clandestino de transmisión oral que deleita a espíritus reservados».

Mi invitado continuó sus loas al embriagador caldo: «Es la arqueología del gusto, es la arcilla líquida que exhala la vid almibarada, es un monólogo que destila palabras de consuelo: “soy una sombra escarlata en tu memoria que subyuga las indóciles penas del alma”. Es la metáfora infinita que llena de alegría un diccionario».

—Ya entiendo, Baco: «el vino es luz de alegría»

Nuk Gorej

YO, MENCÍA.

Me llamo Mencía y soy tinta. Procedo de orígenes nobles franceses, pero eso poca gente lo sabe. Siempre se me ha juzgado por mi aspecto y mi color pero lo que realmente importa es mi esencia.

Para conocerme tienes que observarme, indagar en mi interior, exprimirme.

Algunos hablan de mí, de lo que me conviene, pero no saben nada. No saben que en mi misma soy excepcional, que por mi misma soy completa y que si alguna vez decido compartirme lo haré libre y voluntariamente para emprender una nueva aventura conjunta, que no importará el color de la otra uva con la que me relacione, sólo buscaré su esencia para añadirla a la mía y compartir así la perfección de la unión en libertad. Puede que esa unión de como resultado un rosado o un tinto y que viajemos por el mundo y algunos nos tilden de inferiores o no nos quieran sentar a su mesa por nuestro origen, por el resultado de nuestro mestizaje o simplemente porque no seamos de su misma región. A todos esos quiero decirles que soy Mencía, dueña y señora de mi ser, de mis actos y mi esencia y que solo tengo que darle cuentas a alguien, a mi misma.

Quebejg